

UN PUEBLO SIN MEDALLAS

LEONARDO CASTILLO

EL TREN DE LOS CEREZOS

Cuando finalice mi concierto
guardaré en las cañas del vado
el silbo de las caminatas.
Mientras apagan la luz de la Cúpula Grande
confiaré de nuevo mis grillos
y mis abejas
a su estuche de niebla y semillas.

Como no habrá tiempo para esa despedida
tregaré de un salto
al tren de los cerezos.

PRESENTACIÓN

Cuando alguien viene de una tierra donde el poder de unos pocos es tan suficiente como para imponer la muerte a la vida, viene de una geografía en llamas. Entre llamas se ponen celosos y disparadores los fusiles de la dictadura, no hay día en que no masacren puñados de hombres y mujeres. A cada hora, a cada minuto, Latinoamérica es forzado testigo de cómo se rompe detrás de unas rejas lo mejor de la esperanza. Hablar ya de tortura, de secuestros masivos que se tornan ausencias definitivas, de los encarcelados sin proceso, de los millones de niños que mueren sin conocer la historia del pan o el portal de una escuela, de la extravagante riqueza que ostenta un círculo estrecho y los pueblos que viven al margen de ella es revolver sombras de un viejo, viejísimo caldero.

En la Argentina, como en tantos otros países, el callejón de la palabra ha sido cuidadosamente dinamitado, no hay razones que se puedan exponer; sin ellas es imposible dialogar sobre el futuro, y para que esto se mantenga, tal cual, hay que apuntar hacia las multitudes. Base sacrosanta de este poder son su avaricia y el apetito salvaje que lo caricaturizan sangriento, anacrónico, despiadado. De aquí afirmar decretos leyes con la punta de una bayoneta no hay más que un paso, ese paso se da a cada momento, siempre y sin reparos. Ante esta realidad uno tiene el derecho de pensar que en mi tierra son más libres los animales que los hombres.

A veces me pregunto cómo serán calificados estos años en mi país, y si la década del 30 al 40 fue justamente rotulada la década infame no creo que con menos de época del horror se podrá mencionar a este tiempo de mártires y postergaciones. Hoy, desde el exilio, se comprende que a pesar de la distancia también estamos presos, que lo que uno intenta es estar lo menos preso posible para ganar espacio en sí mismo y ofrecerlo a los demás. Hechos de nostalgia, de malas noticias, de naufragios sin remedio nos cercan y lastiman. Ahí, enfrente, están la oligarquía argentina y el imperio del águila, firmes hacedores del desastre, utilizando a las fuerzas armadas y organizando muros contra la ternura y la solidaridad humanas. Y aquí estamos nosotros, tratando de limpiar espacios, de ofrecerlos; buscando de ver, entender y aprovechar la luz de un continente en llamas. Porque la luz, la luz y lo que ella va gestando, hace temblar al enemigo. Así ha ocurrido una y otra vez a lo largo de la historia. Un pueblo camina en esas llamas, un pueblo que hizo la patria de arriba abajo con la lanza y con el torno. Ese pueblo volverá, sin monumentos ni medallas, a poner en pie lo que ha sido hecho pedazos. Cuando podamos unir todos los espacios libres, cuando hagamos la llanura de horizonte a horizonte, podremos escuchar nuevamente las canciones terribles, las prohibidas; las que nos hablaban del amor y de crecer en paz, entre otras cosas.

LEONARDO CASTILLO

El tren de los cerezos

UN PUÑADO DE ABEJAS

Los rumores, los pequeños sonidos. Nada.
Ahí, solo,
con un segundo bastará
si sumerges un puñado de tus abejas
en el recuerdo.

Hemos abierto un camino
a costa de un sudor parecido a la tortura inútil.
Hemos rogado para que los gritos del fuego
resonaran en nuestros amores,
en las puertas y ventanas,
en la maravilla de unos ojos por llegar a verlo todo
y en la última disciplina
de los pájaros escarchados.
Hemos compartido el brebaje de los eneros
a la orilla del río,
nuestras manos han realizado su religión diaria
tomando el buen vino, el vino lento.

Las luces se han guardado en su cesta de sombra.
Los rumores, el aire nuevo y torpe jugando en las hojas. Nada.
¿Será que por vivir esto uno pueda sentirse más alto, más tibio?
¿Será?
¿Y esa tristeza que murmuraba en los juncos?
¿Qué lejanos pies la traen y la llevan?
¿Tu infancia, quizás?
¿O ese dolor reciente que pasó por tu casa desnudo
y callado como un árbol seco?

Pero en definitiva sabes que has estado donde debías,
no más allá –no más-,
como un ser humano en equilibrio
arriesgando lo posible en lo mejor del día.
Pienso, viéndote así,
durmiendo en paz,

que has vivido como Dios manda.
Sólo el remolino de los pájaros,
amanecidos en la isla de algún hombre solitario
puede despertarte.
Te espanta esa soledad, te duele.
Has llegado.

MUCHO ANTES QUE LA RUTA DOCE

Fuimos, nos arrodillamos.
Rezar nos descansaba
sumergiéndonos en un mareo tibio.
Las hachas colgaban limpias en su lugar de madera;
el bostezo acerado del ojo
finalizaba dormitando en el silencio del monte.

Fuimos, nos arrodillábamos.
La transpiración iba al llanto de la piel
desde un mar aquietado, siseando en los oídos
con sus pájaros diminutos.
Nos descendía una abeja de vidrio por los ojos,
imagen salobre
en aquel universo de quebrachos y guayabas.

Había una pequeña iglesia en Cainguás,
otra en Caraguatay.
Fuimos, nos arrodillamos;
pensábamos en aquellos Hombres que se hinchaban
al sol como frutas tropicales y sentimos
cada espina invadiendo nuestra propia carne.
Recuerdo que no debíamos gritar, y cantábamos.

Era un sacrificio Concepción de la Sierra,
otro Cerro Azul,
y yo tenía un amigo que se llamaba Gabriel
y Macario Mendoza andaba haciendo locuras
en la picada del monte armado de calor y payé.

Había un pequeño altar en Guaraní,
vivía un sacerdote amigo de Mbopicuá.
Existían, vivieron, lo soñé y lo vi,
me navegan ya sin rostro y sin oficio.
Fueron días que entraban con su filo puro
en la vaina roja y verde de Misiones.
En aquel entonces, Oberá,
no había llegado a ser la capital del monte,
y la ruta doce era un proyecto solitario.

Fuimos, nos arrodillamos,
y como no podíamos gritar
cantábamos.

ORACIÓN PARA EL HOMBREADOR DE BOLSAS

Érase que fue un caballero de capa y espalda.
Se deshacía en los galpones
estibando las cosechas y las borracheras.
Érase que fue un caballero de capa y espalda
redondeando en sus hombros toneladas de trigo nuevo.
Solía brillar al sol como un poste ensangrentado
y de aquel sudor
podían beber los caballos del mundo.

Andaba de alpargata abierta en el empeine
y se embanderaba la cabeza con gorras azules,
siempre viejas.
Era fuerte como el que ha crecido enseñado por el viento,
la cintura hecha con mimbre del arroyo,
pariente cercano del atraso en el salario.
No creía en el voto,
ni en dios,
ni nunca terminó de conocer la propia ternura
de sus huesos.
Con el vino se marchaba
dejando un apodo vivo y corcoveante.
De largo pasaron por la puerta de su rancho
Gaspar, Melchor y Baltasar llevando para otros
oficios y centellas de juguete, por eso,
nadie como él,
insultó tan de cerca el reparto en lo terrestre.
Érase que fue un caballero
de capa y espalda,
alto y ancho como un puente,
y como a un puente nunca bendecido
alguien lo cruzó a contrapunta de la historia.
Alguien aprendió a robarle.
Alguien,
sin meter la mano en sus bolsillos.
Alguien:
el dueño de las sombras y las puertas.
Lo retorcieron como a un trapo,
le sacaron el jugo y los colores
y finalmente lo tendieron en la hierba
para que lo tragara el aire.

De aquel caballero,
nuestro caballero de hazañas y de asombro,
ya no queda nada,
apenas una sombra girando inútilmente

los días y los años;
sólo un charco de sudor,
un espejo donde a veces
vienen a beber todas las fatigas del mundo.

Sus amigos aún lo ven cayendo de la estiba.
La espalda rota,
la capa saliendo por los ojos
con su escarcha roja. Y nada más.

La sociedad, nuestra forma tediosa de reunirnos,
tan occidental como cualquiera,
tampoco en este caso ha dicho nada;
pero le cuestiona el vino,
el coraje,
su mirada dura en esa muerte
y aquellas gorras azules, siempre viejas.

SANTOS BRUSCO

¿Habrá que preguntar, todavía?
Es un pedazo de tierra, nada m as,
con su tamaño de cuatro palmos rozando en los vecinos.
Por aquí no pasaron ni Cristo,
ni Ernesto,
ni Pablo.

Pero no hay que preguntar, diría,
si uno ve con la nariz el carro viejo
hasta el tope de espigas recién cortadas,
ni preguntar quién patea y crece en las naranjas,
en las colmenas
y en el humo del horno atrás de la casa.
Usted pasar  sin golpear las manos,
caminar  al costado de las rosas,
se inclinara un poco para atravesar la cascada de glicinas
y al entrar verá, sobre la mesa,
dos o tres puñados de arvejas
y un pan pura espera.

¿Fuma usted? ¿Bebe, acaso?
¿Vino, agua o algún brebaje con el sol adentro?
¿Usted recuerda aquel licor de alfalfa? ¿Extraño? Extraño.
¿Y aquella gruesa tajada de harina casera,
y aquella gota de miel de higos?

Ni Cristo, entonces,
ni Ernesto,
ni Pablo. Todos juntos en la boca de don Santos Brusco,
calderero jubilado, labrador, con los pulmones repletos de historias de animales, frutas,
países, hombres.

Pequeñas esferas doradas saltan de su boca
y se posan en nuestra memoria.
¿Siente el pelaje tibio? ¿Entrecierra los ojos?
¿Usted está conmigo que aquí hay que volver?
¿Volver  mañana?
¿Pasado?

A la tarde, a eso de las seis, como para ver y escuchar,
como para recostarse en ese mundo sabio y lento, incesante.

¿Usted buscar  palabras para contestar?
¿Las buscar  impaciente como si algunas partes suyas
estuvieran en otro sitio, o dejará hablar
a esa célula que supo llegar desde el mar
hasta el bosque?

¿Se fijará demasiado en la camisa que cubre a don Santos,

en la tierra adherida a los pantalones raídos,
en los granos de polen
hasta encima de las rodillas?
Usted me dice que ésas son las túnicas del sacerdote,
y ha entendido,
porque el sacerdote viene hacia usted con un pedazo fresco
de alba en las manos,
una forma de panal transparente,
un oro líquido que cubre la garganta
con un gusto a fresno mojado.
¿Ha comulgado usted?
¿Ha escuchado en paz lo que la sangre dice?
¿Comprende ahora, cuando esferas doradas le hablan de justicia?
Porque Santos Brusco, desde siempre militante,
ha sido encarcelado y perseguido,
él ha vivido en alerta permanente,
como ahora cuida el cerezo enfermo
y renuncia a la paga de su fruta.
¿Habrá que preguntar, todavía, encima de este palmo
que roza en los vecinos?
Las historias de don Santos Brusco,
como peones y torres en un tablero,
como gacelas bebiendo en un relámpago,
como un perseguido desgarrado con alambres de púas,
como sangre machacada en el mortero de un calabozo,
como techos que uno recorre sigiloso,
como un fragor cerca del oído,
como un hermano muerto en el silencio de los cardos
entre grillos, sapos, agua y viento.
Como ese carro cubierto de espigas
a la sombra de los sauces;
como ese pan, como los hijos,
con ese gusto en la garganta,
ESO a fresno mojado por la lluvia
jugando al aquí estoy, aquí estoy,
aquí estoy.

ASÍ HABLABA SANTOS BRUSCO

Bienvenidos los hijos de mis amigos.
Ellos me creyeron como si yo fuera su propio padre,
me vieron como la puerta que se cierra al frío
o se abre al trazo de la paloma a las diez de la mañana.
Gracias a la tierra de mi huerta,
la mínima huerta,
la que me daba el alimento;
y recuerdo a mis viejos pantalones,
los que me salvaban de aquellos inviernos
que ya no conozco.

Bienaventurados mis padres
que al verme con mis fuegos y el delirio
sólo me dijeron...
Aquel que no ame a las abejas, al árbol y el beso
que no sea demasiado duro contigo... y bendijeron
los caminos que desde entonces piso.
Dejo este puñado de relámpagos y este trozo de aire
a los amigos que llenaban la tarde de mi casa
limpiando de malezas mi palabra.
Eran el agua de mi pozo.

Gracias a mis enemigos.
A sus golpes debo el amor de gentes que no conozco,
por ellos he aprendido a morir y renacer
en las mañanas del campo y en los charcos mansos.
Den ustedes un nombre a mi barco de papel
que pequeñito y desprolijo no estalló
ni en el último viaje
por los torrentes de mi pueblo.
Cuiden al pájaro que en la higuera de mi patio
comió la fruta compartiéndola conmigo,
y yo su canto.

Bienaventurado todo lo simple, lo que no se ve
y me mantiene los ojos en vela y la sonrisa
a la misma altura del maíz.

Gracias a las sombras que ahora vienen a llevarme para siempre.
Me inclino ante el silencio
y las piedras que desde hoy habito,
hasta que sólo sea ceniza.

Recuerden el viento, que no dejará de mí
ni estas cenizas.
Bienvenido el viento
porque montado en sus caballos volveré
rodeando las montañas hasta encontrar mi claro manantial.
El de siempre.

LOS SABIOS

Los que buscaban el sí o el no
iban por otros valles.
Los que allí vivían no eran sabios del sí o del no.
Se llegaba a la sabiduría por otros caminos:
el de las historias pequeñas
y los gestos cotidianos,
el gesto que puede muchos años,
el que rescata el día primero de la lluvia,
el que dio de beber a los animales mansos.
Sin embargo preparaban
el Sí o el No al crepúsculo,
siempre que fueran necesarios
como un rayo para el día siguiente.

Eran como el desierto y la sombra,
donde se unen la sombra y el desierto.
Hacia octubre como el lino.
Por eso, entre batalla y batalla,
no faltaba una guitarra.
Se cantaba y se bebía,
se aguardaba confiadamente el regreso
de los que habían marchado al bosque.
Algunos no regresaban ni morían.
Había pudor para el llanto
y se hacían canciones para el amigo ausente.
No eran fáciles de hacer,
pero se escribían sobre tablas transparentes.
Existía una disciplina en plena libertad.
Los músculos tensos acariciaban
con ternura y limpiaban de tigres el territorio,
hasta el último límite.

No había dioses,
pero se hacía un sano culto del arroyo.
Éste era un gran decididor de leyendas y de brumas.
Estaba prohibido orinar en aquel arroyo
ni se podían arrojar en él los cuerpos
de los tigres vencidos.

Cuando llegaban otros hombres
en busca de una verdad se los invitaba
a plantar un árbol.
No era el árbol del pan, como algunos dicen,

eran sauces,
y se podía vivir a la sombra de estos sauces y escuchar.

Los dolores, como los incendios,
se apagaban entre todos.
La palabra compañero era tan venerada como el arroyo.

De vez en cuando se enviaba a las ciudades un informante.
La mayoría de las veces este informante volvía cabizbajo.

El coraje de estos hombres era fuera de lo común,
y cuando regresaban se los obligaba
a beber zumo de uva con flores de lino heladas.

Por lo general dos o tres días después
estaban recuperados y volvían a sus tareas.
Los informes se archivaban cuidadosamente.

No había fabricantes de leyendas,
sólo había repetidores
y aquellas se enriquecían de unos a otros.
Algunas escapaban al dominio del arroyo
y de sus habitantes,
estallando lejos con su Santa Bárbara de pan.

Llegaban viajeros de lejanos paisajes
en busca de lugares y los hombres sagrados,
pero los lugares y los hombres eran simples,
con una tibieza especial y un color acentuado
sólo al ojo atento.

Algún recién llegado se quedaba a vivir para siempre.

El silencio no era considerado una enfermedad,
pues lo que debía decirse se decía a su tiempo.

Los muertos se enterraban en el campo,
los cubría el trigo o la albahaca,
las aves no tenían refugios tristes: no había cementerios.

El trigo nace mejor sobre ellos,
decían los más viejos,
y en ese estado seguían existiendo.

En otros territorios el trigo nace
de las espaldas quebradas de los vivos,
generalmente lejos de los sauces.

CON SU RAÍZ EN LA NIEBLA

Nuestra tierra no tiene nombre,
igual que la copla nacida con su raíz en la niebla,
que no es de nadie y es de todos.
Tiene un diamante en su quilla angosta
puliendo el aire para que caiga lento
en el oído de la siesta.

Nuestra tierra sin nombre;
un fantasma al que hemos abrazado por dentro
en los arroyos, o en la pesada y clara
lluvia de agosto.

En cada enero viaja con nosotros,
despierto en su boca el animal de luz que la gobierna;
entre destello y destello se nos aparece ennegrecida
como una empuñadura para que el Hombre asuma sus días,
o roja para que no olvidemos aquel antepasado violento
que en ella duerme su desgracia inútil.

Puede bajar desde su trapecio nevado,
o puede venir del este con la furia más alta del trópico
cuando se apura indígena y coraje haciendo un río
de cerezas para que navegue el sueño.

Esta tierra nuestra, sin nombre.

Esta tierra con su olor a tabaco virgen,
esperando, todavía, para encender el cigarro del alba.

Su campanario pulido, intacto,
los astros cálidos vistiéndola con la sagrada ropa
que no supimos conseguir.

Hermano mío, tú y yo, aún incapaces de habitarla,
incapaces de hacerle un puerto como un hijo
donde ella pueda gritar y abrir los brazos,
ese pequeño y primer lugar donde nadie debe morir
después del amor de cada día.

Nuestra tierra no tiene nombre,
igual que la copla,
que no es de nadie y es de todos.

Esta tierra,
esta tierra nuestra, desde antes,
con sus lampos y penumbras.

ESE RARO TRONCO

Mi madre me parió con alas,
yo no lo supe hasta más tarde.
La conocí inventando la cocina,
preparando los veranos,
iniciando los caminos de la albahaca,
aprisionando la jalea de las brevas
—aquel arco iris desde el frasco—.

La vivo una noche que me crece.
Alzábamos en juego todo el patio
mientras despertaban los caballos blancos
entre delirios de chicharras.

Mi madre es una mezcla de violetas,
de menta y de espárragos.
Navega en su mar de té al cuidado de su escuadra,
ella, la nave y cien mañanas,
haciendo hechicerías con la escoba,
barriendo los otoños, frotándome las ganas después de cada intento
porque hay un peligro de malas intenciones y pedradas;
y soy de carne y hueso, y no es fácil, pero vale.
Y allí está mi madre,
después que le enjuagan la noticia de este crecimiento apresurado,
le dice algún vecino temeroso
que ando revolviendo con mis manos el zumo del acero y del asfalto,
que ando levantando a los obreros,
que no hay forma de pararme, ni con plata. ¡Y eso es grave!
Y allí está mi madre,
diciendo que alguien me parió con alas,
y si mi camisa es azul y hay viento no hay remedio,
vuelo,
vuelo.
Y reinicia la tarea,
empieza la ternura sabiendo que vuelvo cansado,
pero entero.
Hasta puede que haya una sonrisa cómplice al regreso.
Algunos intentaron derribarla,
hablen de eso con el otro guardián tutelar del domicilio, mi padre.
Mi padre abriendo la puerta de la casa más abierta a los amigos,
estallando en guaraní de la noche a la mañana
cuando le vienen con la historia cansadora
los hombres de caras deformadas.

Mi padre.

Mi madre.
 Ese raro tronco
que me parió con alas.

ESTALLIDO NUCLEAR Y CENIZAS

Aquí nada es el silencio,
la albahaca y el romero danzan en sí mismos
traspasados por el aire de las nueve.

Aquí nunca es el silencio,
los pájaros tejen y destejen la vida simple
porque siempre hay una pluma que roza la pupila del sauce,
porque siempre hay una hoja de sauce
que va de tacos altos a la fiesta del agua.

Aquí nada es el silencio,
el sol y la luna entrecierran los párpados
con una costumbre mucho más antigua
que los animales sagrados;
el sol y la luna,
maestros y testigos de crecimientos y mareas.

Al arroyo le transpiran los labios
sobre las piedras, el río crece un liso músculo de arena
en el costado poniente de las islas mientras la vida,
en forma de pez,
le utiliza las entrañas celestes
de su templo profundo.

Aquí nunca es el silencio, ni mi cuerpo,
que ahora descansa cerca de mí con la sangre en sueños,
porque en pequeños movimientos vive
y escapa a otras formas y otros movimientos.

Pero de pronto,
todo,
puede ser imaginado en el silencio.
La nube opaca, nuclear y cenizas, devorando el aire
y el último día del ángel.
El ángel, a veces, imagina una noche de nadie.

DIBUJO PRIMARIO

La paz es un dibujo primario:
paloma definitiva en la boca del fusil
y mimada herrumbre en la bomba “**H**”.

La paz viaja en la proa de la abeja,
en los ojos de los peces,
en la U prolongada de los barcos
que transmigran sol y panes.

La paz se ríe de la parte por el arte
de aquellos que se matan con almuerzos.

La paz es una mágica llanura
crecida en el centro de mi casa –toda chocolate,
viene Ricardito y se la come-.
La paz sería nació en una montaña de cuencas sin ojos,
sobre autómatas perdidos,
bajo la sombra de cada fusilado
en su grito y el poema.

La paz traviesa cálida se duerme en invierno
con los pies de mi sobrino.

La paz no conoce la marcha del odio
entrando en la vergüenza.

La paz no es tranquila,
no le vengán con el cuento del hambre y la miseria
porque se enoja y salta.

La paz
es más útil que vivir entre anochecer y una campanada.

La paz se ríe de los que se matan con almuerzos,
y tiene razón,
pero a la paz, amigo mío,
hay que ganarla.

ESPADA EN ROCÍO

Hemos recortado en la hierba
una espada en rocío y la empuñamos para salvarnos
con la forja del alba.

Tú sabes que estamos condenados a ver el nacimiento
de pequeñas imágenes oscuras y empujarlas
hasta formar pasaje en el tren de los cerezos.

Hemos remontado los caminos tomando a los niños,
alzando en nuestros brazos sus racimos secos
para que los traspasase la luz,
para que nadie diga mañana que no lo sabía.

No quisimos contemplar la respiración de la furia,
pero nos impusieron su latigazo y comprendimos que alguien
pagará la restauración del hombre;
este hombre deshecho, dilapidado,
futuro germen de los museos del amor.

Nos aferramos a las pequeñas verdades
rechazando la altura que no nos pertenece,
por eso nos caminan los hombres con la sencillez
de quien transita por su selva.
Por ellos abrimos las venas,
derramamos la vitalidad de los cedros sin pensar
que se terminaban los montes,
los refugios que nos protegían.
Sólo nos reservábamos el derecho
de nuestra propia muerte,
y es cosa de hombres que así sea.

El hijo que no tuvimos sabe
por qué andamos siempre como despidiéndonos,
y él sabe por qué alguna carta se ha escrito
como si fuese la última.
Él sabe de los aullidos en cualquier parte de la noche,
sabe de nuestras escrituras en las paredes, paredes remotas
que han gastado nuestras uñas.
El hijo que no tuvimos sabe de los heridos porque sí,
mientras la lluvia se cuele por los agujeros de la piel
y las hormigas aguardan el momento del hambre,
el momento de empezar su pesada y fina tarea.
Él sabe, solo solitario,
habitante mío desde la estrella más dura,
que nada de esto ha sido fácil.

Y yo sé que él,
solo solitario,
me espera en lo agrandado de mi miedo
con sus eternas preguntas de niño.

LA MEMORIA SOLA

Apenas nos quedaba el valle,
tan pocos días brumoso,
y desde su altura granar la constancia del arroyo.
Bostezos de pinos y sauces despedían el salvaje
interior de los pájaros que volvían a dormirse
en la tarde venidera.
Solo nos quedaba bajar por la colina
hacia la majestad sencilla del rumor.
Cada historia con su calmo socorro de menta y verano
espera las casas vacías del invierno,
o el humo espeso del otoño,
que detenido en el aire es apenas un recuerdo
con su olor y sus francos demonios.
Ahora nos quedaba un paseo solitario
por una avenida de parras entre lunas y paraísos gigantes.

Un día,
el viento,
silbando en las púas del lindero,
la mayor de las guitarras oxidadas,
se hizo grito en el valle; como en fantasma revolvió antiguas cosechas,
centenares de anchos sombreros y caballos,
lluvia de manos sobre la fruta y los remos;
aromas de cuero húmedo.
Apenas alcanzamos a nadar como los peces,
desnudos y en silencio.
Nos era acaso el tiempo de estar cara al cielo
sobre un viaje de hierba,
cada vez más en sus raíces,
cada vez más hasta el sueño.
¿Qué será de aquel día?

Teníamos que irnos para siempre.
Para siempre.
Sólo nos dejaban
la memoria sola.

ÉL

El primero de enero le abrieron el pecho con un grano de maíz.
El primero de febrero le pusieron un traje de payaso y le asignaron una paga miserable.
El primero de marzo lo despidieron.
El primero de abril miró todo el día sus manos, esa noche lloró.
El primero de mayo pintó de azul todas las puertas y ventanas.
El primero de junio equivocó el camino 16 veces.
El primero de julio lo invitaron a una fiesta de sordos y de mudos.
El primero de agosto perdió la casa en un incendio dudoso.
El primero de septiembre se miró al espejo y sacó la lengua.
El primero de octubre se fue al desierto.
El primero de noviembre volvió.
El primero de diciembre lo condenaron a morir en una plaza pública por ser marxista y
amigo de un tal Jesús.
De seguir así, pensó, jamás encontrarán el jarro de miel y el tazón de leche.

LA REPÚBLICA

Encadenan el brazo derecho de la República y su ley,
su constitución,
las pálidas fibras de la vida simple quedan inmóviles en un sigilo de piedra.
Pareciera que un general, un coronel borracho
y media docena de capitanes han encadenado el brazo derecho.

Encadenan el brazo izquierdo de la República y la calma,
el tránsito pesado, el tránsito ligero
y las barbas blancas del parlamento quedan fijos
en un monumento de bronce, para el recuerdo.

Rodean el cuello de la patria con una gruesa soga de espinas y de lodo
y la respiración de cada día, ya de por sí difícil, se hace imposible,
salvo que uno esté del lado de un general, de un coronel y media docena de capitanes
borrachos.

Aprietan la cintura de mi tierra con un silicio al rojo vivo
y la República se convierte en un pobre pájaro muerto
donde se multiplican los gusanos y las hormigas
todo con aspecto de mármol de Carrara,
cubierto de hielo en julio y de paja maloliente en febrero.
Y ya nadie se cree que un general, un coronel y media docena de capitanes tienen el
poder y el manto sagrado;
hay algo más, una vuelta más.
La voz del amo con los estados unidos, los unidos estados desde atrás y los vendepatria
por delante
poniendo sus caras en los ministerios, en la escalinata de la Casa Rosada y sus traseros
en los baños dorados de las embajadas
nos dicen que TODO está bien, que así TODO bien está;
nos dicen que un general, un coronel y seis capitanes son los auténticos dueños del país,
y desde allí
convocan a todos los hijos de nuestro Suelo-Amado-Patrio
a la unión, la concordia, el progreso y la muerte.

Seis Capitanes, un coronel
y un general borrachos,
vulgarmente borrachos de sangre.

LA QUE ME SUEÑA LEJOS

Alguien me sueña lejos
y sé que ronda mis cañaverales amarillos,
mi rosa china,
el agua fresca entrando en la raíz del orégano.
Sé a la que sueña.
Gasta su vestido en la espesura de la higuera
aprimando para mí la curva del verano.
Sé que alguien me sueña y toma su alimento en silencio,
la que se acuesta inquieta detrás de su ventana.
Recuerdo a la que sueña.
Ella desgajó el aire para acariciar mi brazo
y al darme vuelta, ya lejos,
me ha mojado la espalda con una lágrima.

Ahora respiro el mar, siento que se acuesta su sal en mis pulmones,
siento como se duerme sin decir hasta mañana
cansada de velas y gaviotas.
La sal me ha dejado solo
y desata un crepitar de semillas revueltas
en la miel de aquellas brevas,
muerdo sus pequeños mundos para estar en ellos
como un campesino cuidadoso y seguro.
Chasquea la lengua de mi corazón cuando se entibia la garganta,
cuando la beso a ella, la que me sueña lejos;
y no sé si esta humedad que me envuelve y me da vueltas
es la bruma del mar que acostó su sal en mis pulmones y en mi sangre
—torpe ahora—
o es aquella lágrima que mojó mi espalda una mañana,
partiendo ya de mi tierra bien amada, tan hendida. Tan amada.

Detrás de la ventana
la que me sueña lejos escucha el taconeo en la calle.
Son los que todavía esperan encontrar mi peligrosa huella
de pordiosero y alquimista.
Detrás de su ventana,
la que me sueña, mira una hora fosforescente: las tres de la mañana.
Buena hora es en mi patria para matar gente inocente.
Detrás de una ventana,
la que sueña,
la que tal vez vive todavía.

LA CARTA

Querida mía.

Te escribo desde muy lejos,
tu perdón es lo que quiero
ya que prometí besarte por octubre
con ese sueño de crecer en paz. Y no es posible.
De golpe despierto en este páramo;
no viven aquí la hierba ni el árbol,
la lluvia es desconocida, podrías verlo árido como el filo de una espada;
sé que puedo tropezar y me duele el estómago. La sed es espantosa.
Perdón, amor mío.

No podré besarte por octubre
con ese beso que el hombre y la mujer cincelan después de la guerra,
ese beso que vuela, trepa y acaricia un segundo
después de haber enterrado aquellas manchas.
Empiezo un camino que sé adonde lleva pero no sé dónde termina;
comienzo a levantar las murallas de una nueva ciudad,
espero habitarla con gente tan disparatada como yo, tan obstinada como nosotros,
con ellos podremos reconquistar el territorio que nos han llevado.
Decir esto ahora es empezar otra locura. Nada tenemos.
Nos lastima en lo profundo el árido filo de la espada seca
y la sed me deforma la palabra;
quiero decir amo y digo y grito de aquí no pasarán;
empleo mi voluntad para que mi mano izquierda no sepa lo que hace mi derecha,
pero mis dos cómplices llevan una piedra entre sus dedos. Las piedras.

Las piedras de la muralla que levanto son escasas,
debo caminar días enteros en su búsqueda.
Siento que me acompaña tu recuerdo en estas caminatas.
Tu lejana casa.

Me consuelo pensando que hay otros octubres,
que poco a poco los canales traerán de nuevo el agua.
Me han crecido las uñas y con ellas voy ahondando los canales;
también me han crecido los dientes,
cuando no desgarran con ellos te aprisiono como a las ciruelas de tu patio.
A veces juego con las cosas e intento con ellas nuestro encuentro.
No me reproches ni regañes, hace frío.
Otras veces pienso que la muerte me dirá de pronto detengamos el carro,
que descansen los caballos, apaguemos el fuego;
ya no hay tiempos para brevas y duraznos.
Y entonces veo el octubre de mi tierra,
el lino florecido acabando en azul los cerros y llanuras,
el aire tibio donde navegan el zorzal y la calandria.

Mar de tierra, todo azul.
El Hombre, todo azul, respirando la distancia.
Todo azul las ovejas, las paredes y el techo de la casa.
Azul y octubre tus manos y la parra,
azul mi perro y su palabra.
El trabajo en paz, al fin y al cabo.
Azul el agua que bebemos,
dura y alta.
Azul el agua que bebemos. Azul el agua.

TRES LÁMPARAS

No sé quién soy,
tengo un águila en la sangre,
un tigre en el corazón
y un niño que me asalta en los poros de la piel;
un niño que juega conmigo y le pide horas al hombre.

No sé quién soy,
mi enemigo sí lo sabe.
Él me ha puesto detrás de las rejas
y ha intentado descabezar al tigre,
desplumar el águila y matar el niño
que me pide horas.

No sé quién soy.
Mares de América, ¡No sé quién soy!
Mi gente dice que el color de mis ojos cambia,
que llevan un tono en la batalla,
que tienen otro matiz en la ternura
y en el trabajo son verdes de albahaca y hasta huelen a pimienta,
pero no sé quién soy.
Mi enemigo sí lo sabe;
me ha perseguido por los túneles, por la niebla
y ha incendiado un campo para quemarme vivo.
No sé quién soy.
Lagos y montañas de América, ¡No sé quién soy!
Qué hago vivo cuando debiera estar muerto.
Por qué estoy despierto cuando todos duermen.

Sí, lo sabe mi enemigo.
Aquí, en el exilio, sé que no puedo volver
para silenciar mi sangre ante mis muertos,
para contar los pasos grises de mi madre,
para acariciar la cabeza de otros niños
que me piden horas.

Ríos de América, ¡No sé quién soy!
Viento de América, ¡Dile al águila quién soy!
Tierra de América, ¡Dile al tigre quién soy!
Agua bendita del llanto,
¡Dile al niño quién soy y que los tres,
cada uno con su lámpara me iluminen el jazmín, las semillas y el arado!
Que los tres, cada uno con su velamen, su bronce y su juego
me lleven a los nuevos campos de la siembra,
ya que mi trinchera estalló en millones de pedazos

y sin trinchera no soy nada.
Que el vuelo del águila, la astucia del tigre y la ternura del niño
me salven,
me gobiernen,
me guíen al combate.

Mi enemigo, ahora, ahora mismo,
ha puesto precio a mi cabeza.
Ahora, ahora mismo, acabo de saber quién soy.

MALOMAL

Bien por los pueblos que viajan en sus trenes y sus barcos,
bien para el pueblo que cuida sus almendros
y los jardines que salpican la ciudad y cada villa.
Malomal para el pueblo si su tren y su barco viajan sin rumbo,
malomal para los pueblos sin gaviotas ni jardines.

Bien por el pueblo que enciende la luz propia
y la lleva hasta los últimos rincones para dejarla caer
sobre la fantasía de un cuento
y en las calles interminables de lo que hay que saber.

Malomal para el pueblo que no es dueño de la chispa,
el agua y la sal que su pan diario reclama.

Bien por el pueblo que embarca los retoños de su trabajo y
los dirige hacia donde el Hombre más los necesita;
bien por el pueblo que moja esos retoños con el sudor de su lámpara
y los multiplica hasta que la miseria huye en estampida
con su malacara hecha pedazos.

Malomal para los pueblos que ponen los retoños de su trabajo a los pies de la banca
o de la bolsa de comercio,
dueños de nada aunque les hagan creer que son dueños de la vida
mientras sus hijos caen de tifus, tuberculosis, malaria, hambre, ignorancia
y la miseria es reina y señora, bastarda bien mandada, legítima, por fin, en todas las
ventanillas de la burocracia.

Bien por los pueblos que veneran a los más altos en bondad y sabiduría,
bien por el pueblo que hace suyas estas virtudes sin necesidad de expropiarlas
y las calienta y las acuna hasta el infinito.

Malomal para los pueblos que no expropian el carbón, el petróleo, las imprentas,
los puertos, la electricidad, el acero, el trigo, las fábricas,
los ríos, el viento y la música.

Malomal para los pueblos que no expulsan de sus fronteras de amor
a los señoritos de galera que a punta de bastón nos indican donde debemos morir sin
sollozar por los harapos de nuestro palpitar y el palpitar ajeno.

Bien por los pueblos que expulsan lo infértil, lo egoísta,
al señorito de galera y bastón con su cultura de fusil
apuntando al corazón de la calle o al cuello de las esquinas,
su cultura de aerosoles falsos para conquistar hombres y muchachas,
su cultura del plato de lentejas: la civilización del cercomóvil, último modelo sobre
cuatro ruedas y rejas invisibles tripulado por hombres y mujeres huecos.

Malomal para los pueblos que aceptan esas dictaduras más o menos encubiertas,
más o menos digeribles, totalmente inflexibles en su corrupción y el desatino.

Bien por los pueblos que hacen del amanecer un canto, una danza de la tarde

y un manifiesto de la noche
donde la paleta del universo y el pincel del Hombre rescatan la tibieza del fuego.
Mal por los pueblos que son número a la mañana, un cheque a la tarde y un depósito
vacío a la noche.

Bien por mi amigo, el que primero dio su sangre por los otros,
hombre o animal, hembra o macho –nadie lo sabe- sin nombre ni apellido,
que no importa, pero sin duda el primer jardinero de la vida.

Bien por mi caballo que ha quedado solitario,
viviendo como puede en la llanura de la pampa esperando mi regreso,
este regreso de vivir como se puede para cruzar, juntos los dos,
de un galope el polvo de mi tierra.

Bien por mi caballo,
malomal para mí si no aguanto en mi diestra la bandera de tormenta;
malomal para nuestros enemigos si creen que mi gente les dará tregua en la tormenta.

Confiscaremos su equipaje donde no hay ni un tibio rezo,
ni una triste y miserable carta al panadero, ni el color de una travesura,
ni espigas de trigo o de lavanda;
ni memorias de la lluvia de septiembre.

Confiscaremos su equipaje: calaveras, látigos, tortura,
cenizas de hombres y de libros, traición, olvidos,
escrituras de casas y terrenos de campos y de fábricas;
galones de uniforme, claro está, medallas que premian la obsecuencia;
pecados que en América Latina y en cualquier parte del mundo
los pueblos cobran al contado, y que yo sepa, amigos míos,
no hay magisterio de perdón para tanta oscuridad,
sucursal directa aquí, en la tierra, del mismo infierno.

Malomal para nosotros, amigos míos,
si nuestra bandera de trigales y lavanda, de brevas y de leche
no flamea en un escándalo de luz armado hasta los dientes
con lo más duro y vivo del ocaso.

PURO Y CLARO ANIMAL

Me pregunto de cuánta sangre
dispone el misterio nocturno
y en qué precipicio la arrojará.
Me pregunto qué día estallará
el seco golpe de tambor sobre mi tierra,
eco en las montañas, penetrando con su lanza
en los olvidados que no olvidan.
Me pregunto mientras me demoro
buscando el calor incesante del nacimiento.
En ti me pregunto, territorio favorable.

Pasa el jangadero,
pasa con su silencio moreno.
Pasa la guayaba, muda bajo las tacuaras,
catedral amarilla sin órganos ni curas.
Me pregunto qué día rasgarán los padres del agua
estas venas buscando la guarida
que anidan los culpables.
¿De qué metales volveré
cuando escuche el primer golpe de tambor,
de qué tiempo llegaré dueño?
Vuela de boca en boca
un áspero idioma liberado.
Hoy las primeras huellas de un animal puro se han visto,
ha llegado para devorarlo todo.
¡Ay de las fieras de instinto corvo!
Despiertan los dioses de la selva,
salen con su coraje principal brotando
desde su amor por nosotros,
corren a vivirse como padres;
se unirán al puro y claro animal.
Juntos marcharán a salvarse.

Me pregunto de cuántas flores
dispone el misterio nocturno
y qué viento las vestirá.

Es nuestra la carcajada del río.
Corta la estrella final el machetero,
la ofrece como una vena roja y gigantesca
para que la beban los que padecen escarchas
al sur del corazón.

Apenas se atreve el invierno

en lo espeso de las picadas verdes,
él también puede ser devorado
por la más profunda de las magias.
Magia de multiplicarse y matar, magia de lavarse en nacimientos;
magia de olvidar y crecer.
Crecer largamente.

Pasa el bullicio forestal y le pregunto.
Pasa el aire arrojando por la borda anzuelos de cristal.
¡Ay de las fieras de instinto corvo!

Selva adentro ya se escucha al puro y claro animal.
Savia adentro, yo, pacto con sus huellas.

HACIA OCCIDENTE

De toda la sangre que me anda
es guaraní la sangre que me habita.
Vagas ternuras me llegan desde España o Italia
y hasta de irlandés me beben en un relato de Quiroga,
pero mi patria ahora se ve en su quebracho centenario,
la recorre el instinto vegetal de los helechos;
va sigilosa en el rugido y la leyenda.

Yo vengo de esa selva
que invadida por la nieve
mató a la nieve en líquido secreto.
Estuve muerto en Garupá bajo un timbó,
después nací: llovía una espuma dorada
de mariposa transparente en el Guarán;
más allá o más acá
durmió su sombra espesa el jabalí.
Tal vez por eso sea como **voy**,
un potro oscuro y cansado en la mirada,
una violencia en marcha hacia occidente.

SI ES QUE HAY UN PATIO TODAVÍA

Si desde tu ventana
no ves a ese hombre silencioso
ni a ese otro que pasa uniformado,
si desde allí no ves al Absoluto
con su cara de pocos amigos decretando
la muerte del humo y los jazmines
de qué podemos hablar.

Cuándo y dónde podremos caminar los dos
si la ausencia del fuego no te clavó anzuelos
ni has sentido en alguna de tus tardes
correr la sangre de mujeres y nubes.

Si dormido no intentas un sueño
distinto al que te obliga el Absoluto
de qué manera emparejaré
mis arcos y mis flechas a tu sueño.
Quién dirá que son iguales mi sed y tu sed
si aceptas ese cántaro con su mariposa muerta
y su religión nada de nada.

Si no vives a tu tierra golpeada y sedienta,
su cuerpo en la sombra mendigando un par de ojos
para ver el mar donde camina el ángel
con su puñado de semillas.

Si no ves el ángel
qué himnos cantaremos tú y yo.
Si ahora, ahora mismo,
no hay un pájaro enseñando a volar sin misterios,
si niegas su desierto, su nieve, su gracia,
de qué podemos mirarnos.

Si aceptas otro paso del Absoluto
y su zarpa en tu boca
cómo dirás que soy inhumano
si ya te han decretado mudo.
En qué idioma, hermano mío,
podré entenderte.

Corre la sangre calle abajo,
la sangre de abajo,
los de abajo con su sangre.
Sube la sangre,
la sangre del ángel.

Hemos jugado juntos,
hemos compartido los juguetes.
Ya no hay juguetes.

¿En qué patio volveremos a encontrarnos?

HOMBRES DESDE ACÁ

Nosotros, hombres desde acá,
desde este desvío de la historia,
rodeados de banderas sin aire,
vasos manchados,
desencuentros.

Nosotros, hombres desde acá,
obligados a pasar de perfil por cientos y miles de lugares
con nuestra tristeza debajo del brazo:
un libro que no interesa demasiado,
un origen de vagas referencias;
frases en que todo parece que sí,
pero que no,
condenados a vivir traspasados por las astillas
de una oscuridad ajena.
Empujados a callar nuestro silbo en la caminata.

Nosotros, hombres desde acá,
mirando este arco iris de sangre reseca en los dientes,
las uñas y pezuñas de los insaciables,
los ávidos de nuestra carne y nuestros huesos.

Nosotros, hombres desde acá,
desde la náusea de tripas y saliva
cuando matan nuestra infancia ya sin pan ni leyenda,
lejos del cántaro de miel.

Nuestra náusea de tripas y de lástima.

Nosotros, hombrecitos desde siempre,
muertos bajo una tierra pasada por las armas,
y por las dudas prisionera.

Nosotros,
vivos a medias en el último refinamiento de don torturador.

Nosotros,

ásperos,

surgentes,

nostálgicos,

empecinados mientras todo el frío del invierno
arroja sus yeguas de vidrio
sobre cogollos de silencio.

Nosotros, los que nada tenemos,
nosotros.

Nada más que la fiebre de un sueño americano
mantiene esta sociedad abierta con la vida,
su pájaro invisible nos guía
en esta noche crispada por el toque de queda
y millones de gemidos.

Nosotros, hombres desde cualquier parte,
apelamos para que la leche materna
no se estanque alrededor de pobres espejismos
ni se pudra en ríos que no van a ninguna parte.
Nosotros, los que intentamos violar las puertas del egoísmo
para derribar las paredes de su guardia buscando,
buscando que las aves y los sueños
volaran más puros en la cara del mar.
Nosotros, hombres desde acá,
apelamos para que el agua escuche la verdad,
apelamos para que la lleve a cada costa
y diga que recién nacida la tomó,
que nueva la sostiene
y que joven nos espera.
Nosotros, hombres desde acá,
desde la muerte, la tortura, la cárcel y el exilio
salvando nuestra sangre sobre el yunque del alba,
trabajando cada día sus huecos, sus artistas;
templando cada día el grito que la preña
y el fuego que le nace como un vástago
para que su punta y su filo
permitan que los aves y los sueños,
toda la inocencia y todos los sueños,
jueguen ágiles y limpios sobre la cara del mar.

EL TREN DE LOS CEREZOS

Cuando finalice mi concierto
guardaré en las cañas del vado
el silbo de las caminatas.
Mientras apagan la luz de la Cúpula Grande
confiaré de nuevo mis grillos
y mis abejas
a su estuche de niebla y semillas.

Como no habrá tiempo para esa despedida
treparé de un salto al tren de los cerezos.

ZONA DE TANGO Y OTRAS

LISANDRO (tango)

Por Lisandro, me pregunta el visitante,
me quiere sonsacar hasta el cabello.
Quiere saber de su infancia, de sus viajes,
y lo iguala con un filo que anda suelto.

Me chimenta que tu andanza es subversiva
para ver si se ablanda mi memoria
–agradece de antemano lo que diga
porque tu vida resulta peligrosa-.

Yo le digo que Lisandro amaba un pibe,
un pibe que dejaron en baranda,
que Lisandro lo buscaba con su juego
y el purrete se alegraba una semana.

Y le digo que también amaba un libro
muy gastado en las hojas y las tapas,
que nunca supe ni el título ni el signo
pero hablaba de molinos y de lanzas.

Le repito que una vez que estuve enfermo
él supo averiguar lo que faltaba,
que otras gentes como yo lo conocieron,
que otros hombres, como yo, lo respetaban.

El botón que vino y trajo credenciales
se va como caliente y murmurando.
Me parece temeroso de encontrarse
con tu andanza de quijote ciudadano.

Alguna tarde se afloja en la cantina
un diario con tu nombre dando vueltas.
Lo releo con los ojos y las tripas
y me alegro de que sigas en tu huella.
Lisandro.

LISANDRO DICE (tango)

Cómo andarás de oscuro en esas calles
con tu sombra doblando en el misterio,
murmurando a cada paso alguna frase
que ase apaga en la esquina del silencio.

Cómo andarás de bronca en esas calles
obligado de niebla como el resto.
Se acabaron esos sueños de encontrarle
una luna de adoquín a tus potreros.

Cambiaron una noche el santo y seña,
te prohibieron escribir en las paredes.
Llenaron la ciudad de centinelas
que hicieron
la ausencia
de hombres y mujeres.

Y sé que me dirás alguna noche
“ya no puedo vivir de esta manera”.
Una luna de adoquín, justo a las doce,
matará con su reflejo al centinela.

Volverás a sentirte con las ganas
de subir por la cuesta de tu barrio,
de romper esa niebla dura y ancha
escribiendo en la pared
SIGO SOÑANDO.

DECRETO LEY N° 1 (tango)

Si ese hombre quiere amar
dándolo todo
es un loco de atar.
Maten al loco.

Hay que hacerlo caminar
sobre las llamas,
debemos terminar
con su palabra.

No importa su nombre y apellido
o si es hijo del mar o de la tierra.
Hay que impedir que se extienda lo que ha dicho,
hay que romper su piel y su inocencia.

Nada cambiará si es derrotado,
su voz se perderá en nuestra hoguera.
Hay que impedir que se sepan sus milagros
y esos besos que dio que-los-devuelvan.

Si este hombre quiere dar
su vino claro
no lo dejen llenar
copas o vasos.

Si su sangre es como el mar
corten su cuello,
le debemos sacar
hasta los huesos.

LISANDRO BAILA (tango)

Si lo ven bailar en esa esquina
miren bien que deja alguna estela
alfabeta en luces cuando gira
con perros, malvones y una orquesta.

Este soñador, según parece,
de un tango canyengue se alimenta.
Mastica el rezongo de los fuelles
y bebe el violín cuando se queja.

Pero todo junto es esperanza
tanto en el violín como en el fuelle.
Tiembla en la baldosa su percanta
haciendo del tango lo que quiere.

Se va de las leyes de la danza,
envina lo gris del barrio triste.
Mago que a pesar de cien mordazas
mete bulla, guía y se resiste.

Después de bailar desaparece
dejando un depósito de luces.
Uno allí se mira en lo que siente
y eso gira, gira, canta y sube.

FLORENCIA (tango)

En ese tango-luna subversivo
es ella la mitad de la burbuja.
El color, el compás, Lisandro mismo
hacen la otra mitad de la figura.

Se escapó del comando de la fiaca
quitando de su vida lo aburrido.
No quiso ser “la niña de la casa”
no quiso ser la-niña-del-olvido.

Florencia, la percanta, es la jefa
de todo aquel gentío acorralado.
Ella cuida los ojos de la espera
donde vive la luna de su tango.

Pobrerío cantor el de esta jefa
que en un compás nocturno se subleva
hasta llegar al sol con más de treinta
sin miedo, echando falta; haciendo huella.

Bien, Florencia. Tu luna, tu cadera,
el amor, la pura rabia, tu hermosura,
el cálido temblor que te libera,
todo
ha nacido allí, de tu ternura.

IGUAL QUE LA SOMBRA

No hay lugar para él en nuestra patria,
ni hay lugar para él en estas calles.
Nadie puede escucharle la palabra,
la que dejó brotando aquella tarde.

Se dice que su sombra baila sola
machacando el oído de la gente
con un destino de preñar las horas
en el sexo de un tiempo diferente.

Un tiempo, diferente al de las bestias
que asesinan, torturan y acorralan.
Un tiempo de sudores e inocencias
más verde sobre el verde de la patria.

Hay días que la sombra tiene frío
sin su cuerpo lejano, desterrado,
y bebe en las palomas del estío
esa luz que a lo alto van dejando.

Ayer perdió su cuerpo en mala hora,
ninguno sabe el rumbo que ha tomado,
pero el cuerpo al tocar las mismas cosas
tan igual que su sombra no ha callado.

EL NUEVO VECINO

Cuenta que vivió en un pueblo chico
que en él comió sus horas y damascos,
que se fue de allí siendo maduro
por unas diferencias y un presagio.

Le suelo ver la voz en cicatrices
si el vino que la moja es de aquel clima.
Se tumba en el lecho sin dormirse
fumando en ese barco a la deriva.

Me apura si no crezco en lo que pienso,
me deja entre sus ríos y sus cosas.
Me ha dicho que hay un tiempo de silencio
y afirma que ese tiempo no es ahora.

Opina que si el canto apunta lejos
habrá que cantar a lo más simple,
“a una piedra gastada por el viento
sosteniendo lo poco que se vive”.

Y dice que si el canto suena claro
ha de ser porque toca alguna herida,
que sólo así se espantan los demonios.
Hurgando en sus huecos y guaridas.

Repite que buscando en lo profundo
aún se llena la sangre de jinetes,
galopan en la noche todos juntos
y en fogatas de pueblo se amanecen.

Le suelo ver la copa y las raíces
si el aire que lo cruza es de aquel clima.
Se acuesta en su lecho sin dormirse
sosteniendo el fuego y las cenizas.

Y OTRO AQUÍ

Y otro aquí, sin país, que se ha caído,
que no sé cómo darle mi palabra.

Tan lleno de silencio,
tan exilio,
tan lejos de todo cuando le hablan.

No sé si recordarle un viejo cuento,
o el café que lo viera más muchacho.

Tan lleno de no puedo,
tan callado,
ahora tan distinto, tan deshecho.

Y ese amigo que andará
de pena en pena
pisará conmigo alguna calle,
tomaremos de la calle lo que deja
desde el sol a la gente y una parte,
una parte de esta vida que se arrima,
que de pronto se desnuda y nos despierta,
que danza en el dibujo que intentaste
a pesar de que algunos no la dejan.

Más no tengo, compañero, aunque quisiera,
te lo digo mano a mano, conversando.

Guardemos este sol que raya en la vereda
por si mañana
no pudiera
acompañarnos.

ALGO DE GUITARRA

Una gaviota no tiene ventanas,
pero si la amas, amas su vuelo,
el color y su celo
canta en su ventana.
Canta.

Una piedra no tiene ventanas,
pero si ella te mira y te deja
su paciencia y sus grietas
canta en su ventana.

La polvareda nunca tuvo alas,
ella lleva todos los caminos
donde fue testigo
y no ha dicho nada
que hoy está cansada.
Cántale a sus alas,
cántale a sus alas.

Si tu tierra no tiene ventanas,
o si en todo caso alguien las cerrara,
cántale en la noche cuando está tumbada,
la tierra sedienta bebe en tu guitarra,
la mano y el ojo de la tierra cantan.
Canta en su ventana,
con toda su gente,
canta en su ventana.

UN PUEBLO SIN MEDALLAS

UN PUEBLO SIN MEDALLAS (I)

Todo lo que se habla va de sombra,
todo lo que quiero se ha secado.
El árbol de la vida se desploma,
al tronco algunos hombres lo astillaron.

Todo lo que cansa está en la calle,
todo lo que abrume va en decreto.
La miel es prisionera de otros aires,
lo dulce se corrompe y ya no es nuestro.

La tierra untaba despacio su trenza de carne y tiempo,
tenía lo necesario para levantar su tarea
con el resplandor más alto y más claro.
Que había mar,
había,
y una larga cordillera y una selva,
también una enorme pampa y ríos de cuento,
ríos con peces gigantes y suaves promesas.
En aquel mar se podían soñar las locuras más profundas,
en aquella cordillera se ensanchaban los metales;
la selva movía un sobresalto de aventura
mientras que en la pampa se cansaba el viento silbando leguas interminables.
Por el lado de los ríos las leyendas caían
como hojas en un paraíso salvaje.
Entre aquel dormir y aquel despertar
la tierra continuaba trenzando su carne y su tiempo
hasta que un sol sin fechas vio aparecer su resplandor más claro y más alto.
Su hombre.

Traía en la boca aquella palabra de metales y de peces,
de galope en la pampa;
traía el arcón del mar y el rastro de la selva.
En los caminos que abría plantó sus amores
contestando al silencio con pueblos y ciudades,
respondió con su fragua y su brazo
a los intentos de otros hombres de vida cerrada y fortunas ásperas
que buscaban adueñarse de la fragua y su brazo,
de pueblos y ciudades.
Así en el horizonte se cruzaron las batallas,
el día se descubrió marchando sobre cadáveres, fusiles, pieles abandonadas sin querer,
sobre un coraje que siempre terminaba
poniendo la casa en pie
cortando las manos que pretendían llevarse la chispa y el agua.
Los nuestros eran hombres de andar sin medallas en el pecho,
nadie los encuentra por aquellos homenajes pálidos y puros,

ni en el nombre de las calles
ni tampoco en la grieta del algún monumento.
Hacían su historia aparte y para adentro,
fortalecidos entre sus galopes y sembrados.
Hicieron su historia para todos.
Fueron su propio bautismo y su vasija funeral
porque eran la tierra misma,
nada dejaba de caber en ellos.
En sus arados y sus lanzas anillaban la paciencia y la furia;
lo mismo más tarde en las fábricas y los trenes,
o en el canto o la tristeza.
Carne y tiempo que amanece poco a poco
sobre sismos y volcanes. Así de terremoto y tanto de volcán bebió su independencia,
sus nuevos caminos,
la ropa con que la patria terminaba de vestirse para un baile de centauros;
la ropa de siempre con su nueva medida de mar,
cordillera, selva, ríos, pampa.

Hablar de aquellos, nuestros hombres, calienta la saliva y afila los ojos.
Es este mismo pueblo que ahora vive entre toques de queda mirando a las manos
extrañas rompiendo en cuatro pedazos lo que él levantó con su hombro de níquel y
granito.

El que ve cómo le niegan la propia cara del nacimiento,
que presencia la herrumbre de las uvas,
que señala al traficante de toda su jornada y su cansancio,
el que regresa por las noches y cuenta lo que ha visto;
y ha visto celestinos presurosos de fortunas ásperas y estúpidos militares como insectos
de un juego al calor infernal de una lámpara viscosa,
incapaces del error por ellos mismos ya que el rumbo de la desgracia ni siquiera apunta
en sus timones; únicamente las manos extrañas pueden indicar la marcha, la prebenda,
el arreglo, la sustitución, la mordida; la gran mancha sobre una hoja y dos y cien de
nuestro libro sagrado. Peones, peones de un juego, nunca otra cosa. Nunca.

Allí anda nuestro pueblo, tratando de que algo quede en pie; tan pronto se apoya en su
fragua, su alegría prohibida, o en su tristeza tan partida y repartida como su carne y su
tiempo.

Ahí están las calles de las ciudades sin que nadie pueda desmentir el miedo. Hoy sin
precio las calles y sin nada limpio por lo que pueda caminarse.

Por allí anda el humo de las chimeneas, sucio de ser extranjero en su aire.
Ahí está el puerto, repleto de barcos que llevan de todo y no han traído nada, nada más
que oscuridades a pagar y un código secreto en el que figuramos tal como los otros nos
han inventariado.

Como animales sin flor en la solapa.

Para nosotros han levantado los corrales.

Vamos a las oficinas, al parque, a la iglesia o los andenes y todo es un corral.
Nos andamos tropezando medio mudos y medio muertos haciendo innecesario el cómo
te va porque estamos en un corral, y por si fuera poco, por si alguno lo dudara, hagamos
lo que hagamos se nos paga con un puñado de avena en nombre de la patria, porque así
estamos anotados.

Igual que las bestias.
Como bestias sin canto en la garganta.

Veo que veo a mi amigo, mi amigo,
a nuestros hijos dispersos
sin soles ni agua ni tiempo.
Veo que veo mi amigo.

Veo que veo mi amigo, mi amigo,
cercos de fuego matando
palomas, trigales y pasos.
Veo que veo mi amigo.

Veo que veo, ay hermano! Hermano,
cayendo aquello que hicimos,
se rompe en cuatro pedazos
y se lo llevan los ríos.
Veo que veo los mismos, veo que veo los mismos.
Ay hermano, ay hermano!

Veo que veo a la patria, la patria,
muriendo en los pedregales,
nos niegan hasta su cara
nos quitan sus manantiales.
Veo que veo a la patria,
veo que veo a la patria
cayendo en los pedregales.

Siento que siento a la muerte, la muerte,
pariendo algunos señores,
pudren el barro en que crecen
y espinan nuestros dolores.
Siento que siento a la muerte, la muerte,
pariendo algunos señores.

Miren que miren ahora, ahora,
cómo se mueren las uvas.
Esos señores las tocan
y el zumo llora y se herrumbra.
Miren que miren ahora, ahora,
cómo se mueren las uvas.

Veo que veo ciudades, ciudades,
con ese toque de queda,
está prohibido mirarse
y está prohibido que llueva.
Veo que veo ciudades
con ese toque de queda.

Veo que veo sus calles, sus calles,

con el silencio en el cuerpo,
seco el aroma y el talle
y con el odio despierto.
Veo que veo sus calles
por el silencio y el miedo.

Tengo que tengo tristeza, tristeza,
por tantos hombres perdidos.
Eran de azúcar y tierra,
eran el padre y el hijo.
Tengo que tengo tristeza, tristeza,
por esos hombres perdidos.

Veo que veo, ay hermano! Hermano,
cayendo aquello que hicimos,
se rompe en cuatro pedazos
y se lo llevan los ríos.
Veo que veo lo mismo,
Veo que veo los mismos.
Ay hermano, ay hermano!

UN PUEBLO SIN MEDALLAS (II)

Cabalga con su sombra por la pampa, a veces va relámpago en el cerro.
Se pone de bandera cuando ataca alzado de rabia como el trueno.

En días de trabajo tala el monte cavando en el paisaje algún sendero.
Él vive con lo poco de los pobres marchando sin medallas en el pecho.

Padre de los míos y del viento, dueño de las huellas que hoy te siguen, la noche se
abraza con tu cuerpo.
Un río secreto los bendice.

Lo intentan olvidar los que no sueñan, tal vez porque olvidado duele menos.
Él sube a la memoria de la tierra y estalla en la sangre de los nuestros.

Mis hombres lo rescatan de su muerte, lo encuentran en los ritos del coraje, escuchan el
silencio del ausente y esperan la vuelta de su viaje.

Qué piensa ese niño mirando a otro niño.
Qué hace aquella mujer hablando al oído de otra mujer.
Y estos hombres qué buscan levantándose para marchar reunidos.
A dónde va toda esa gente.
De qué padre hablan, cuál es la cofradía que pone un solo color en sus miradas.
Por qué beben todos de aquel antiguo cántaro.

El sauce aparece con más ramas que nunca, la fábrica vomita un destello y queda en
silencio.

Qué pasa con el mar, qué diablos pasa con el mar.
Quién ha volcado ese santo y seña por las calles, qué son ese brillo y esa sombra en la
montaña.
De dónde viene esa orden que ha paralizado al carbón y la vendimia.

Padre de los nuestros, bienvenido!
Padre de los nuestros, bienvenido!
Padre que revives en tu gente, aquí estamos!
Te veo esa rabia en los huesos, veo espuma en cada una de tus manos; quién no ve un
polvorín en tus cabellos.
Quién no siente en tus ojos el calor y el frío necesarios.
Quién no ha esperado tus infinitos nombres!

Padre de los nuestros, bienvenido!
Un golpe de tambor, la tierra que abre su verano dejando libre tu paso,
el resplandor más claro y más alto.
Un santo y seña, el pedregal que se curva de tu azul y el molino
donde has triturado el grano blanco

para repartirlo en brazos de rescate.
Un santo y seña azul y blanco
para que la memoria nos diga por dónde debemos pasar con esta carga de amor y de
tormenta.

Un santo y seña para que mi verdad
no sea más que la de mi hermano
y para que la suya no me impida caminar,
para que mi brazo y su brazo lleguen juntos a la fragua,
para que no desoigamos tu voz cuando nos gritas...

“Que cada uno salga de su capilla.

Beban los ríos, ocupen las plazas, desaten la miel;
acorralen al que ha profanado nuestro pedregal y el molino.
Persigan a vuelo y a rastras a todos los que agriaron la frente de los niños
y la paciencia de esta tierra.

Que cada uno salga de su golpe y su fracaso
y se sumerja en millones de dolores y fracasos
sino no serán pueblo ni jamás se firmará este protocolo de septiembre.

A esta primavera se la siembra con todos los sudores o no se siembra!

Se la cosecha con todos los cuerpos o se pudre!

Se la sostiene con toda la sangre o se rompe!

Que cada uno salga de su verdad a solas
y la dé de beber como tomará de otra copa la gota de nieve y el vino claro,
las banderas que otro y otros y otros llevaron por cualquier camino naciendo y
muriendo, muriendo y naciendo, naciendo muriendo creciendo.

Que cada grupo lleve su canto al otro y aprendan de los demás lo que cantan sobre el
hombre, que también se cuenten los barcos en que navegan, los pájaros que festejan, als
guitarras que envejecieron y los muertos que viven en sus llantos y sus cuentas.

Si estos muertos no nos pertenecen de nada vale que desatemos la miel, que acunemos
el aceite; de nada vale un santo y seña azul y blanco si aquellos, los nuestros, son de
unos o de otros.

¿No eran de azúcar el padre y el hijo?

Por nosotros han estallado en su piel y en sus ojos.
Si no son nuestros de qué sirve esta tormenta, ¡Para qué agitaremos estos brazos!

El pedregal azul, el molino blanco. Un santo y seña.

Un pueblo.

Un enemigo, áspero en su fortuna, con sus tíos de adentro y de afuera: con todo el odio
y el puño seco con que se han parido.

No somos bestias sin canto en la garganta, ¡somos un canto!

Somos un pueblo. Somos un rescate.

¡Que cada uno salga de su piedra y todos juntos rompan el corral!

Que cada uno flor y piedra.

Que cada uno todos.

¡Que cada uno todos!”

Bienvenido padre de los nuestros.

Bienvenido.

¡Bienvenido!

Qué piensan ese niño y ese otro.
Qué hace aquella mujer hablando al oído de otra mujer.
Y estos hombres qué buscan levantándose para marchar reunidos.
Dónde va toda esa gente.
De qué padre hablan.
Cuál es la cofradía que pone al rojo sus miradas.
Por qué beben de aquel antiguo cántaro.
Qué pasa con el mar.
Que diablos pasa con el mar.

Padre de los míos, Bienvenido.
Padre de los míos, Bienvenido ¡Bienvenido!
¡Padre de los míos que revives en tu pueblo!

Vuela que vuela camino, camino,
tu polvareda rugiente.
Andar y andar de tu gente
truenas que truenan camino.

Niebla que niebla parece, parece,
trayendo llenas las ubres.
Desde la pampa a las cumbres
niebla que niebla parece.

Puedo que puedo, ay hermano, hermano,
romper los ojos del cerco,
trizar la noche en mis manos
defendiendo lo que es nuestro.
Siento que siento lo mismo, siento que siento lo mismo.
Soy tu hermano, soy tu hermano.
Veo que veo a la patria, la patria,
naciendo en los pedregales.
La vida crece y se lava
de nuevo en sus manantiales.
Veo que veo a la patria,
veo que veo a la patria
naciendo en los pedregales.

PADRE DE LOS MÍOS Y DEL VIENTO
DUEÑO DE LAS HUELLAS QUE HOY TE SIGUEN,
LA NOCHE SE ABRAZA CON TU CUERPO.
UN RÍO SECRETO LOS BENDICE.

LO INTENTAN OLVIDAR LOS QUE NO SUEÑAN,
TAL VEZ PORQUE OLVIDADO DUELE MENOS.

ÉL SUBE A LA MEMORIA DE LA TIERRA
Y ESTALLA EN LA SANGRE DE LOS NUESTROS.

No es que yo salga del aire, del aire,
ni que me empujen los vientos.
Soy esa rabia, compadre,
que me apuntala los huesos.
No es que yo salga del aire, del aire,
ni que me empujen los vientos.

Suelo que suelo llevarme, llevarme,
esto que va en mi cintura,
acero y fuego en la carne
por un pueblo que me busca.
Suelo que suelo llevarme, llevarme,
esto que va en mi cintura.

Vengo que vengo de nuevo, de nuevo,
con tantos hombres perdidos.
Vayan con ellos creciendo
y yo con ellos lo mismo.
Vengo que vengo de nuevo, de nuevo,
con tantos hombres perdidos.

Cuiden que cuiden hermanos, hermanos,
cada pedrusco ganado,
que nadie pierda las ganas
de aguantarlo en nuestras manos.
Cuiden que cuiden hermanos, hermanos,
cada pedrusco ganado.

¡Veo que veo a la patria, la patria,
naciendo en los pedregales,
la vida crece y se lava
porfiada en sus manantiales,
veo que veo a la patria
naciendo en MIS pedregales!